



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: Entre el Mediterráneo y el Báltico

Autor: Zea Aguilar, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1996). Entre el Mediterráneo y el Báltico. *Cuadernos Americanos*, 5(59), 15-34.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año X, núm. 59, (septiembre-octubre de 1996).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: [betan@unam.mx](mailto:betan@unam.mx)

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## ENTRE EL MEDITERRÁNEO Y EL BÁLTICO

Por *Leopoldo ZEA*  
PUDEL, UNAM

ENTRE JULIO Y AGOSTO de 1898 se dieron las batallas navales de Santiago de Cuba y Cavite, Filipinas, entre la armada imperial española y la de los Estados Unidos de América; batallas que dieron fin a la etapa de la historia universal iniciada el 12 de octubre de 1492. Fue en 1492 que España se tropezó con lo que sería América, en frágiles carabelas comandadas por el almirante genovés Cristóbal Colón, tratando de llegar a los fabulosos mundos descritos por Marco Polo: Cathay, Cipango y la India, en busca de acuerdos comerciales que permitieran a España y a los europeos crear un nuevo y extraordinario mercado.

La vieja y penosa travesía terrestre que llevaba a los confines del Asia, siguiendo la ruta de la seda, estaba llena de dificultades para allegarse a las grandes riquezas que allí existían. Cristóbal Colón proponía una nueva vía que era marchar por el mar hacia el occidente de Europa hasta encontrarse con los señores de los grandes imperios que se alzaban en esa lejana región de la tierra. Se trataba de negociar, no de conquistar como habían intentado los cruzados tomando como pretexto la expansión de la Cristiandad. Pero de esas lejanas tierras llegaban a Europa, a su vez, oleadas de feroces guerreros dispuestos a hacer para su beneficio lo que los europeos pretendían hacer para el propio.

Un gigantesco y desconocido continente se atravesará en la ruta de Colón. Sin habérselo propuesto, la aventura comercial se transforma en el inicio de la conquista y colonización que Europa impondrá a la totalidad de la tierra, incluida la anhelada Asia. Colón se había tropezado con tierras y hombres distintos a los descritos por Marco Polo, pero no menos ricos y fabulosos, con peculiar cultura, hábitos y costumbres, pero endebles frente al desarrollo alcanzado por Europa. Como diría Alfonso Reyes, el guantelete de hierro de

los que se transformaron en conquistadores fácilmente haría añicos a una cultura de fino barro. Colón buscó inútilmente a los feroces guerreros mongoles con los que tenía que negociar. No encontrándolos, en nombre de sus señores llenó el vacío de poder de estas tierras y puso a sus hombres bajo el dominio de sus patrocinadores los Reyes Católicos. Se ponía en marcha la expansión europea por la totalidad de la tierra.

En 1898 las batallas navales en el Golfo de México y el Pacífico ponían fin al imperio español que, como Portugal, se había impuesto en el continente encontrado. Terminaba un coloniaje que había originado un extraordinario y abigarrado mestizaje de razas y culturas. Todo esto fue fruto de la mentalidad mediterránea de los primeros colonizadores de la región, descrita con maestría por Fernand Braudel en su historia del Mediterráneo. Siguiéndolos emergían con fuerza hombres de diversa mentalidad, forjada en el espíritu propio de los pueblos que crecían en otros mares y océanos, en el Báltico y el Atlántico norte. Aquí se forjará la nación que derrotaría en el Canal a la Europa mediterránea: Inglaterra. Expresión del mismo mundo anglosajón, será gente de Estados Unidos la que dará la puntilla a un imperio al que los mismos rebeldes en esas tierras en América habían ya puesto fin. Estados Unidos veía todo esto como un gran vacío de poder que había que llenar.

En 1898 la inteligencia de la región americana bajo hegemonía española reaccionará ante la guerra hispano-estadounidense y sus resultados como agresión hecha a sus propios pueblos, formados bajo hegemonía ibera. Sus luchas contra el dominio español serán vistas como guerras civiles entre pueblos de un mismo origen y formación cultural heredada del espíritu mediterráneo que Grecia y Roma estimularon en su expansión sobre el Mediterráneo. Éstas tomaron conciencia de la relación que guardaban entre sí los pueblos surgidos en esa región. El Mediterráneo bañaba tanto a Europa al norte, como a África al sur y a Asia al este. Helenidad y latinidad será la expresión de este espíritu integrador.

Esto implicaba el abandono de la conquista como depredación, limitada a saqueos, violaciones e imposición de esclavitudes. Alejandro de Macedonia primero unifica a Grecia y luego se lanza a la conquista de los pueblos al otro lado de Grecia, los bárbaros, llamados así por su incapacidad para expresarse correctamente en la lengua de Esquilo, Sófocles y Eurípides. La conquista como saqueo, depredación y esclavitud era conquista efímera que el tiempo anulaba. Otra cosa sería la conquista y la colonización como ampliación

de la propia Grecia, helenizando, incorporando las ricas expresiones de humanidad de los pueblos llamados ilegítimamente bárbaros, pues bárbaros eran también los griegos, cuando balbucían el persa o cualquier otra lengua de los pueblos allende Grecia, hasta el lejano Indo a donde llega Alejandro. Integrar, no excluir, y al integrar acrecentarse a sí mismos en dimensiones que la depredación hacía imposible. Alejandro pone en marcha la mestización con los pueblos al Oriente.

Roma, a la que la leyenda hace descender de la aniquilada Troya, hizo suyo el ideal integrador del Mediterráneo y de toda conquista más allá del mismo. Por conveniencia, más que saquear, violar y esclavizar, lo importante será mestizar razas y culturas latinizándolas. La latinidad será para el dominio romano en el Mediterráneo y el mundo a su alcance lo que la helenidad para la Grecia alejandrina. El espíritu latino hacía de lo efímero algo cada vez más amplio, eterno. Este espíritu formará, dará hueso a los diversos pueblos de los que surgirá Europa después de desaparecer Roma, sin menoscabo de sus ineludibles expresiones étnicas y culturales.

Pero no bastaba cultivar o civilizar para integrar la diversidad de conquistadores y colonizadores. Era menester un espíritu ecuménico que diera unidad a esa cada vez más amplia diversidad de pueblos y culturas. Será también del extremo del Mediterráneo que surge el instrumento integrador de pueblos y culturas, en un pequeño pueblo donde nace una religión que habla de Dios, no de dioses. que hablan de leyes a su pueblo y de cuyo cumplimiento dependerá la siempre amenazada existencia del mismo.

Es el pueblo de Abraham, Israel, Judá, una y otra vez sometido a los diversos imperios que surgen en la región. Imperios fuertes, violentos, como el de Asiria y Persia. Este pueblo ha escapado del dominio egipcio. Y luego caerá en el romano. Imperios van, imperios vienen y este pequeño pueblo con su excluyente religión monoteísta se mantiene firme y dará origen a una nueva y extraordinaria religión, el cristianismo. Frente al viejo y excluyente, el nuevo e incluyente Testamento. Un ideal ecuménico y por ello al alcance de todos los hombres y pueblos. Roma será influida por tal religión que le dio un poderoso instrumento integrador para su imperio. Este imperio desaparecerá materialmente pero no la cultura latina ni la doctrina que le dio unidad. Roma se convirtió en centro de la gran ecumenc, la Cristiandad.

En la misma región de Medio Oriente, surge el islam montado sobre el viejo y nuevo Testamento igualmente integrador, ecuménico, que a la vez que se enfrenta con el cristianismo lo hace con otras

religiones al expandirse por diversas regiones de la tierra. En los pueblos al occidente del Mediterráneo, en Iberia, confluyen y se integran Yahvé, Jesucristo y Alá. Extraordinaria expresión del integrador Mar Mediterráneo que la aventura de Colón universalizaba llevándola allende los mares y las tierras al occidente de Europa. Tal es el espíritu mediterráneo, el espíritu latino y cristiano que dará sentido y unidad a la región de América que entra a la historia bajo el coloniaje ibero. Es este espíritu el que reivindica como propia la inteligencia de esta región de América que se llama a sí misma latinoamericana. Latinoamericanidad por la que busca distinguirse de la otra América surgida al norte, que designa como sajona. Es ésta la que ha de vencer y emerger como nuevo imperio en la batalla de 1898.

La América triunfante tanto en el Golfo de México como en el Pacífico en 1898, la América llamada sajona, tiene la visión propia de los pueblos que se forman en el norte de Europa, al otro extremo del Mediterráneo. Tierras de vida difícil, de hermosas y largas noches blancas donde no se pone el sol, que son pagadas con largos días, meses de oscuridad y neblina. No posee lo que hace fácil la vida muelle de los pueblos bañados por el Mediterráneo. Allí no se puede hablar de imponer imperios sino de resolver cotidianas necesidades. No hay mucho tiempo para elucubrar y cuando se hace es para actuar mejor y forjar instrumentos que permitan un mejor modo de vida en tan adversas tierras. Se trata de satisfacer las más imperiosas necesidades de sus individuos, familias, clanes, comunidades, afianzarlas cuando esto no es posible. Sus guerreros se mueven, no por conquistar y colonizar sino para abastecer sus rústicos hogares. Un sentido pragmático anima sus actividades y pensamiento.

Cuando se expanden lo hacen en propio y peculiar beneficio. No necesitan de los otros, menos de los que están más allá de lo que necesitan. Movidos por este común interés es que se van expandiendo sobre otros pueblos, como los varegos sobre las llanuras rusas en el siglo XI y posteriormente sobre diversas regiones de Europa, incluido el Mediterráneo. Es la horda normanda que al expandirse y crecer se enfrenta a pueblos formados bajo la hegemonía romana al otro lado de los Alpes y los Pirineos. En Europa están los pueblos germánicos, que se alzarán como herederos del imperio romano del Mediterráneo formando el Sacro Imperio Romano. Frente a este imperio surge otro pueblo que será hechura de los pueblos de origen báltico, entre ellos Inglaterra, a la que regresan como algo suyo

los normandos de Guillermo el Conquistador, quien da origen a la potencia que siglos después enfrentará a la Europa mediterránea y a América Latina.

El cristianismo encuentra difícil entrar en las islas que forman la Gran Bretaña, Irlanda e Islandia, y cuando lo hace combina su viejo pasado pagano con el cristianismo. La Europa transmediterránea, aun cristianizada, mantiene el espíritu que le ha dado origen, forjando la personalidad de sus hombres y pueblos.

Al aflorar el Renacimiento, en los pueblos mediterráneos, centralmente la península itálica, se hace patente un derroche de belleza y riqueza. Frente a ello reaccionará el germano Martín Lutero, que tiene una concepción del cristianismo que no es la de la opulenta Roma y el Mediterráneo. Es la del individuo que con dureza se ha forjado en regiones cercanas al Báltico y al frío Atlántico. Lutero primero, seguido por Calvino, dividió a la Cristiandad. En esas frías regiones se darán las grandes batallas por la ya dividida religión. Frente a la ecumene englobadora del cristianismo romano la ecumene de individuos que se consideran servidores de la providencia y ven en el éxito de sus acciones el reconocimiento de su predestinación. El cristianismo se acerca más a la interpretación judaica del Viejo Testamento, con hombres y pueblos elegidos y por él destinados a llevar el bien a la humanidad. Religión excluyente porque el hombre se justifica y se salva sólo por su obra como absoluto responsable de la misma ante su Creador. Es la gente de este temple la que se instaló en la América del norte, en tierras más semejantes a las tierras que baña el Báltico y los mares del norte. Es la América sajona. La América *was* blanca, anglosajona y protestante.

William Shakespeare habla de la nación que emergió bajo el reino de Isabel, del pueblo que por razones históricas se ha involucrado en la Guerra de los Cien Años para mantener su hegemonía en el continente europeo. Habla de Inglaterra enfrascada en una larga guerra externa e interna pero que ha renunciado a una aventura ajena a su identidad. Shakespeare lo expresa a través de Juan de Gante en su *Ricardo II*. Es un canto a la insularidad, con el abandono de todo lo externo que no esté al servicio de los empeños de su pueblo para superar la dureza de la tierra en la que le ha tocado vivir. Nada con Europa ni con sueños de dominio imperial del continente. “Este trono real de reyes —dice Shakespeare—, esta isla sometida al cetro, esta tierra de majestad, esta sede de Marte, este otro Edén, este semiparaíso, esta fortaleza que la naturaleza ha construido para defenderse contra la invasión y el brazo armado

de la guerra, este florido plantel de hombres, este pequeño universo, esta piedra preciosa engastada en el mar de plata que le sirve de muro y de foso de defensa alrededor de un castillo, contra la envidia de las naciones menos venturosas, este trozo bendito, esta tierra, este reino, esta Inglaterra, esta patria fecunda en grandes reyes, temibles por su valentía, famosos por su nacimiento, renombrados por sus hazañas, que en servicio de la fe cristiana y de la verdadera caballería han llevado a cabo lejos de su patria, hasta los lugares donde en la obstinada Judea se levanta el sepulcro, rescatado del mundo, del hijo de la bienaventurada María, este caro país, el país de estas queridas almas caro por su reputación a través del mundo''.

Un discurso insular, báltico, se escuchará décadas después en América, en la voz de uno de sus libertadores, Thomas Jefferson. Discurso insular, opuesto al mediterráneo, latino, propio del libertador de la otra región de América, Simón Bolívar. La Inglaterra por la que habla Shakespeare renuncia a involucrarse en las luchas por la hegemonía del continente europeo, pero no renuncia a buscar en otras partes, en otros lejanos lugares, las riquezas que den mayor satisfacción a las necesidades vitales de este pueblo.

Que España se quede con el Mediterráneo, dominado por sus indestructibles naves, que se enfrente a los herejes y a quienes en el continente reclamen su derecho a conducir el Sacro Imperio Romano. Lo que Inglaterra disputará a España, Portugal y a cualquier nación europea serán las colonias que el descubrimiento de 1492 puso al alcance de Europa. Que España gaste la riqueza de sus colonias en sus luchas para mantener su hegemonía en Europa, Inglaterra buscará desviar por el corso y la piratería las riquezas explotadas en beneficio de su insularidad. Y será a partir de esta misma insularidad que se encargará de llenar los vacíos de poder que se abren a esta hegemonía fuera de Europa. Sólo necesita materias primas baratas y mano de obra esclava también barata. Nada de rescatar almas, que esta gente si la tiene sabrá cómo hacerlo.

En la América bajo hegemonía ibera se habla de Grecia y Roma. España acaso sin proponérselo ha hecho lo que ellas en el Mediterráneo. Bolívar, como otros hombres de esta América, lo que resiente es la resistencia de España a incorporar, por su arrogancia y avaricia, a pueblos como los que incorporó Roma en el Mediterráneo. Roma no lo hizo por bondad, sino por ineludible necesidad para dar permanencia a conquistas y enclaves definitivos conciliando sus intereses con los pueblos a los que impuso su conquista y colonización, con los que debe contar. En la *Carta de Jamaica*, escrita por



Bolívar en 1815, hace clara referencia a Roma y lo que España, pese a su resistencia, ha hecho por la región que en América quedó bajo su dominio. ¿Cuál será el futuro de la región que en América ha de ser emancipada? ¿Quién se habrá atrevido a decir que tal nación será república o monarquía, que ésta será pequeña, aquélla grande?, pregunta. “En mi concepto ésta es la imagen de nuestra situación. Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil. Yo considero el estado actual de la América como cuando desplomado el imperio romano cada desmembración formó un sistema político, conforme a sus intereses y situación o siguiendo la ambición particular de algunos jefes, familias y corporaciones”. Con una diferencia: que habiéndose integrado tantas razas y culturas en la región, es difícil saber a cuál de ellas pertenece. Habrá que aceptar esta diversidad, aceptarla y recrearla en una nueva forma de integración. ¿A esto aspira Bolívar? Lo que Roma hizo en el Mediterráneo podrá ser hecho a nivel planetario, que fue punto de partida de una integración universal. Universalidad que no sólo integraba a Europa, Asia y África, sino también a la olvidada América que será el centro de esta integración planetaria. Así, este pequeño género humano que surge en el nuevo continente ha de dar origen a un gran mundo en el que las diversas expresiones de lo humano pueden ser integradas sin anular su ineludible diversidad. La utopía será la de una nación de naciones.

El discurso de los libertadores y creadores de la otra América, la sajona, no será el abierto, el incluyente de pueblos y naciones, sino el de una nación sobre todas las naciones y por lo mismo extraño, ajeno a gente y pueblos, de los que se consideran distintos y por ello distantes. Nada de integrar, mezclar lo que no es con lo que se es. Jorge Washington dice: “Contra las artes insidiosas de la influencia extraña debe estar constantemente alerta el celo de un pueblo libre, puesto que la historia y la experiencia demuestran que la influencia extraña es uno de los enemigos más funestos del gobierno republicano”. Hay que mantener la insularidad, no involucrarse con otros pueblos, incluidos los europeos. “¿Por qué —pregunta— hemos de enredar nuestra paz y prosperidad en las redes de la ambición, la rivalidad, el interés o el capricho europeos, entreverando nuestros destinos con los de cualquier otra parte de Europa? Nuestra verdadera política es apartarnos de alianzas permanentes con cualquier parte del mundo extranjero”.

El redactor de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, Thomas Jefferson, que ha conocido a Francia como embajador en los inicios de la Revolución de 1789, compara esta revolución con la de su pueblo en 1776. Sostiene la misma insularidad de la que habla Washington. La violencia y el terror de la Revolución Francesa le parecen repugnantes. El libertador de la nación norteamericana alerta a su pueblo contra la intolerancia que ha visto emerger en Francia. "Reflexionemos —dice— que habiendo destruido de nuestra patria a la intolerancia religiosa que tanta sangre y sufrimiento costó a la humanidad, poco habríamos ganado si aceptásemos una intolerancia política igualmente despótica". Estados Unidos deberá, por el contrario, plegarse a su propio y extraordinario valor de convivencia.

Jefferson afirma la insularidad de los Estados Unidos con palabras que recuerdan las de Juan de Gante en la tragedia *Ricardo II* de Shakespeare. Dice: "Bondadosamente apartados por la naturaleza y un ancho océano del exterminador caos de una cuarta parte del globo, de espíritu demasiado elevado para soportar la degradación de los demás; poseedores de un país elegido, con espacios suficientes para nuestros descendientes durante mil generaciones y más; con el sentido de derechos para valernos de nuestras propias facultades, de las obras de nuestros propios esfuerzos, para gozar del honor y la confianza de nuestros conciudadanos, no por privilegios de nacimiento, sino por nuestros actos y opinión que aquéllos nos merecen... adorando una providencia superior que con sus bendiciones demuestra que le satisface la felicidad del hombre en esta vida y su mayor bienaventura en la otra; contando con todas estas bendiciones ¿qué más necesitamos para ser un pueblo feliz y próspero?". Bolívar también partía de la insularidad de su nación, habla de "un pequeño género humano, en un mundo aparte, separado por los mares y ajeno a las artes de la sociedad civil". Pero será este pequeño género humano, abierto a todas las expresiones de humanidad, el que algún día en su seno haría realidad el ideal de una raza de razas, una cultura de culturas y una nación de naciones. Discurso asuntivo para una sola gran nación que se acrecentará asimilando todas las expresiones de lo humano.

El choque entre estas dos concepciones del mundo y las utopías que se venían ya expresando en América se dio apenas alcanzada la independencia de ambos hemisferios. Estados Unidos, paradójicamente, hace de su insularidad meta y no quiere inmiscuirse para no ser inmiscuido; hace de esta misma insularidad el punto de partida

al expandirse sobre pueblos y ampliar un cada vez más ancho abismo que lo separa de los mismos al norte y al sur de sus fronteras y a ambos lados de sus mares. Para defender su insularidad empujará sus fronteras cada vez más lejos, cerrándolas a todo lo que le sea extraño. Cuanto más lejanas estén estas fronteras, mayor seguridad tendrá su peculiar e insular identidad. No busca asimilar, devorar, nada que le sea extraño, sino poner mayor distancia de lo extraño. Con ella van creciendo nuevos y poderosos afanes que en nada se diferencian de los que originaron los grandes imperios. Esta nación se acrecienta a sí misma empujando al vacío lo que paradójicamente pueda impedir este crecimiento.

No cree necesario, como la Grecia de Alejandro o la Roma imperial, compartir, para su propia seguridad y desarrollo, los frutos de esta expansión. La gente y los pueblos a los que tiene que empujar para su seguridad no serán vistos sino como parte de la fauna y flora para su propia y cada vez más insaciable alimentación. El Coloso del Norte llaman a este imperio, que no quiere ser así llamado, los pueblos que en América sufren sus primeros impactos. La otra América, la que gusta de llamarse latina, conoce de las dentelladas de este feroz e insaciable coloso. Por ello en 1898, vencido el imperio español por el nuevo y peculiar imperio sajón, la América que se ha enfrentado y vencido al coloniaje español considera la derrota del mismo en 1890 como una derrota de sí misma y considera su guerra con el imperio español como guerra civil.

José Vasconcelos ve la guerra de 1898 y sus resultados como expresión de una vieja lucha entre el espíritu latino, mediterráneo y el espíritu sajón de los pueblos de los que parte Inglaterra y su criatura, Estados Unidos. "Pugna de latinidad contra sajonismo" es para Vasconcelos esta guerra; guerra de instituciones y propósitos distintos. El conflicto se considera iniciado en los mares de Europa con la derrota de la Armada Invencible en el Canal de la Mancha frente a las costas de la Inglaterra de Isabel y ha pasado ahora al continente americano. Continente en el que vienen pujando y luchando concepciones originadas en los mares al uno y al otro lado de Europa.

Hegel, en su momento, ya había hablado de esta inevitable lucha en la que triunfaría el espíritu del Norte, el sajón, para bien de la humanidad. "América, dice Hegel, es el país del porvenir. En tiempos futuros se mostrará su importancia histórica, acaso en la lucha entre América del norte y América del sur". Será el triunfo de la libertad encarnada en Europa, de la que es prolongación

Estados Unidos. El ineludible triunfo de esta nación permitirá al Espíritu alcanzar su amplitud universal. En 1847 se da este primer choque en la guerra entre Estados Unidos y México, triunfando el primero, arrancando al segundo más de la mitad de su territorio.

Los hegelianos de izquierda Carlos Marx y Federico Engels lo ven así. Engels escribe: "En América hemos sido espectadores de la conquista de México y nos hemos alegrado por ella. Es un progreso que un país que hasta ahora se ocupaba exclusivamente de sí mismo, desgarrado por eternas guerras civiles y retraído a todo desarrollo, un país que a lo sumo habría de caer en el vasallaje industrial de Inglaterra, un país tal, se vea lanzado por la violencia al desarrollo histórico. Es el interés de su propio desarrollo que estará colocado en el futuro bajo la tutoría de Estados Unidos". "¿Acaso—pregunta— es una desdicha que la magnífica California haya sido arrancada a los holgazanes mexicanos que no sabían qué hacer con ella?". "Será mediante conquistas como ésta que América, al igual que Asia y África, se incorpore al progreso que conduce a la plena liberación del hombre".

¿Cuál libertad? ¿Cuál desarrollo? ¿Cuál progreso? El propio de la nación que al alcanzarlos permita a los pueblos bajo su hegemonía una mayor libertad, un mayor desarrollo y un mayor progreso si ellos son capaces, por sí mismos, de actuar dentro de esa posibilidad que su conquista les abre. La poderosa nación no se inmiscuye, no se involucra, simplemente se desarrolla a sí misma y con ello puede dar origen al mismo desarrollo de otros pueblos. La nueva y poderosa nación al norte de América habla del destino manifiesto, el de la obligación de llevar a la totalidad de la tierra la libertad, el desarrollo, el progreso. Los propios y por reflejo de los otros, aunque no sea ésta su meta ni éste su destino.

Los grandes hombres, como los grandes pueblos, son para Hegel y sus seguidores los que llevan a plenitud al espíritu que encarnan. Nada ni nadie puede detener a estos grandes hombres y pueblos. Los otros, los que son sólo material de realización, tendrán que ser aplastados como florecillas que el gigante pisa sin fijarse en ello en su obligado y acelerado paso. Engels se expresa así: "Todas esas pequeñas naciones impotentes —dice— deben estar reconocidas, en suma, a quienes siguiendo las necesidades históricas, las agregan al gran imperio, permitiéndoles así participar en un desarrollo histórico, sin el cual, abandonadas a sí mismas, habrían permanecido completamente ajenas. Es evidente que ese resultado no podría ser realizado sin aplastar algunas florecillas. Sin violencia no se puede llevar nada a buen fin en la historia. ¿Qué habría

ocurrido si Alejandro, César y Napoleón hubiesen estado dotados de la misma emotividad a la que apela el paneslavismo en favor de sus clientes?'. Engels niega así las pretensiones eslavas encarnadas en la Rusia de su tiempo para incorporar al progreso y la libertad sin pasar por las horcas caudinas de la subordinación a Europa.

Simón Bolívar en aparente crítica a su contemporáneo Hegel escribe: "Según esos señores, nadie puede ser grande sino a la manera de Alejandro, César y Napoleón". Bolívar no quiere ser conquistador, sino libertador. "Yo no soy Napoleón ni quiero serlo, tampoco quiero imitar a César ni a Alejandro. Tales ejemplos parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano, por tanto es imposible degradarlo. Yo quiero superarlos a todos en desprendimiento ya que no puedo igualarlos en hazañas". Otra concepción de la libertad, amplia, generosa en la dimensión de las libertades de todos los hombres.

De la importancia de esta lucha, del violento encuentro, habló Hegel, quien expresó que la hazaña de la Conquista y la Colonización sería llevada a la totalidad de la tierra por la Europa occidental al otro lado del Mediterráneo: "No es difícil ver que nuestro tiempo es un tiempo de parto y transición a una nueva época". José Martí, décadas después escribe: "Es la hora de los hornos y no se ha de ver más que la luz". La ve como el fuego que fundirá lo que se considera separado y se quiere amputar. En la última mitad del siglo xx, la lucha misma entre la América del norte y la América del sur vista por Hegel, es vista por Ernesto Che Guevara que dijo: "La lucha en América adquirirá en su momento dimensiones continentales. Será necesario de muchas grandes batallas por la humanidad para su liberación". Expresión de la larga lucha de la que ya saben los latinoamericanos es la que en 1898 ven en la agresión a España por los Estados Unidos, considerada como una agresión a la nación que se está formando al uno y al otro lado del Atlántico. Martí se anticipa a este punto de vista, Rodó reflexiona sobre ella, como mucho antes Francisco Bilbao, Andrés Bello, José María Torres Caicedo y otros.

En el siglo xx será gente como la que surgió del Ateneo de la Juventud en México: Alfonso Reyes, Antonio Caso y destacadamente Pedro Henríquez Ureña y José Vasconcelos. Generación que se enfrenta al positivismo visto como un lavado de cerebro para hacer de esta región otros Estados Unidos y a sus hombres los yanquis del sur. Esta América deberá partir de sus propias raíces, las que hi-

cieron patentes sus libertadores, la romanidad o la latinidad, como capacidad para ver en la diversidad de los otros la propia.

Al iniciarse el siglo xx, nos dicen los historiadores estadounidenses Morrison y Commager, los Estados Unidos poseen, pese a las advertencias de Washington y Jefferson, dominios en diversas partes de la tierra: "Cuando después de una década de luchas y agitaciones las cosas se apaciguaron, los Estados Unidos se encontraron con un rango de potencia mundial, poseedores de territorios en Puerto Rico, Hawai, Midway, Guam, Tutuila y las Filipinas, ejerciendo protectorado sobre Cuba, Panamá, Nicaragua y dueños de intereses e influencias en el Lejano Oriente". ¿Cómo se alcanzó todo esto? Albert K. Weinberg, en el trabajo titulado *Destino Manifesto*, nos dice cómo. ¿Un imperio? ¿Una nueva nación imperialista? "El océano limita nuestro imperio y las estrellas nuestra gloria" escribió un publicista en un diario a mediados del siglo xix. ¿Pero acaso el imperio no es la negación del republicanismo sostenido por los padres de la patria?

Cuando el presidente de Estados Unidos William McKinley con la derrota de España en 1898 se encontró con posesiones en las Antillas y el Pacífico, se planteó la preocupación de qué hacer con esas tierras y sus habitantes. ¿Entregarlas a otra nación? ¿Devolverlas a España? ¿Abandonarlas a su destino? ¡No, pobre gente! Caerían en la anarquía y el desorden. "No había más remedio que tomarlas todas, educarlas y cristianizar a sus hombres. ¿Qué otra cosa se podía hacer por estos hermanos de Cristo abandonados a un destino incierto?". "Con estas reflexiones —dice McKinley— me fui a la cama, me puse a dormir y dormí profundamente". Tenía la conciencia tranquila, seguía fiel a los ideales de los fundadores de la nación. No había involucramiento, era sólo un acto de piedad.

Otro historiador estadounidense, Frederick Jackson Turner, nos habla de *La frontera en la historia americana*. Estados Unidos, para garantizar el vacío del que hablará Jefferson y por el cual se impedía mezclarse con intereses ajenos a esa nación así como con otros pueblos, creó fronteras que no lo involucraban y eran empujadas hasta los límites al norte, sur, este y oeste. Una gran nación porque al sur llegaba al Río Grande, al norte a Canadá, al este al Océano Atlántico y al oeste al Pacífico. En 1898 la ampliación de fronteras había llegado a su fin. No se podía ir más allá sin mezclarse con otras gentes, otros pueblos no afines a los hombres que habían creado esa ya gran ínsula de libertad, democracia y prosperidad que

era Estados Unidos. No faltan quienes hablan de seguir adelante y del sabor del imperio. Esto sería negarse a sí mismos. Lo que se plantearon entonces fue la forma de garantizar la seguridad de la nación estadounidense dentro de esas fronteras. Para tal seguridad era imperativo hacer del Golfo de México un mar estadounidense. Cuba y las Antillas eran una necesidad, como lo sería Panamá para unir los mares que bañaban a Estados Unidos.

Para ello tendrán que enfrentar a los ya viejos imperios europeos, incapacitados para mantener la seguridad que tanto necesitaban los Estados Unidos. "América para los estadounidenses". España ya había sido expulsada de sus posesiones en el continente, tenía que dejar a la nueva nación que se posesionase de las Antillas y el Pacífico. Igual tendrían que hacer los otros imperios europeos en la región para la seguridad insular estadounidense. Los vacíos de poder que fuesen dejando los ya impreparados europeos deberían ser llenados por Estados Unidos para su seguridad. Así llegamos al final de la Segunda Guerra mundial, cuando el presidente Eisenhower habla de vacíos de poder que deben ser llenados y con ello del relevo de los viejos imperios por una nación que se niega a ser designada como imperio. Así esta nación acaba involucrándose en Vietnam.

Dos grandes guerras y dos grandes revoluciones mundiales se harán expresas a lo largo del siglo xx. Estados Unidos participa abiertamente en estas guerras y revoluciones. En la Primera y Segunda Guerra para garantizar su propia seguridad, saliendo de ella extraordinariamente fortalecido, pero también como garante de un orden que ya es mundial para garantizar su propia seguridad.

En 1910, dice Toynbee, se inicia en México una revolución nacional y antiimperialista, que pronto se ampliará a otras regiones de la tierra bajo coloniaje occidental. En 1917 se inicia en Rusia una revolución social no imaginada por Marx ni Engels, que condenaban el paneslavismo. Revolución en el mundo eslavo que buscaba salida a su marginación expresada en los empeños de Iván el Terrible y Pedro el Grande para penetrar en el Báltico y por éste al mar u océano que necesitaba. La revolución sigue a Marx, pero a un Marx distorsionado, ya que de acuerdo con él tal revolución sólo podrá ser realidad pasando por las horcas caudinas del capitalismo. El mundo occidental para su justificación hacía suya la dialéctica hegeliana, la nación comunista en el Este hace suya la misma dialéctica pero invertida por Marx. Al *Destino Manifiesto* de los Estados Unidos se opone el *Manifiesto del Proletariado* ahora encabezado

por la Unión Soviética. Obligados a luchar juntos, occidentales y eslavos vencerán a la criatura forjada por el mismo Occidente para frenar al comunismo: el fascismo. Al terminar la Segunda Guerra los viejo imperios de la Europa occidental se desbaratan y su lugar lo toma Estados Unidos. Empieza la guerra fría para imponer la hegemonía de fuerza con diversas metas. En 1989 tal guerra llega a su fin cuando uno de los contendientes, la Unión Soviética bajo Gorbachov, renuncia a ella y al costo que han de pagar sus pueblos. Pero terminada la hegemonía de la Unión Soviética en la Europa del este, deberá también terminar la de Estados Unidos en la Europa occidental.

El 14 de julio de 1989 se conmemora y festeja la revolución iniciada en Francia dos siglos antes. Gorbachov presenta la revolución social rusa como una ampliación y globalización de la revolución iniciada en 1789. El primer ministro de Francia Michel Rocard recuerda las profecías de Victor Hugo: "En el siglo XX habrá una nación extraordinaria, no se llamará Francia, se llamará Europa, y al siguiente se llamará Humanidad". Se habla de la Casa Común Europea como antesala de la Casa Común del Hombre. La poderosa nación estadounidense, que garantizaba con sus armas la seguridad del mundo libre frente al comunismo para garantizar su propia seguridad, no tiene ya lugar en el cambio. Los pueblos europeos antes divididos por ideologías rompen las fronteras que los separaban. La presencia de fuerzas armadas soviéticas por un lado, las estadounidenses por el otro, salen sobrando.

al sobrando la presencia de barcos armados estadounidenses en los mismos mares que dieron origen al Mediterráneo. Así, el peculiar imperio que emergió en América en 1898 llega a su fin. Éste, como nación, tendrá que adaptar su poder al de una gran nación pero entre naciones. No será fácil, las fuerzas que le dieron origen se resisten, pero esto será difícil ante las fuerzas que tiene dentro de sus propias entrañas: otras etnias y culturas, ya no sólo europeas, sino también americanas, africanas y asiáticas. El sueño mediterráneo de Bolívar, visto como utopía, se perfila como una extraordinaria posibilidad en el nuevo siglo y nuevo milenio.

El fin de la guerra fría propició la caída de los muros que separaban a la Europa occidental de la oriental, también hizo patente la pujante presencia de gente del llamado Tercer Mundo dentro de las propias entrañas del mundo occidental. Gente llevada allí para hacer trabajo sucio y barato. Esto plantea un grave problema al mundo occidental, pero igualmente a los pueblos que estuvieron



bajo coloniaje, que se resisten a ser enviados al vacío una vez que ya son prescindibles sus materias primas y su mano de obra barata. Los graves problemas de la posguerra fría amenazan destruir la globalización anunciada. Problemas originados en la resistencia a construir la Casa Común del Hombre. Problemas de desintegración dentro de la desintegración que se anuncia. En 1989 el estadounidense Francis Fukuyama habló del fin de la historia para el mundo occidental y la historia sin fin para los pueblos que no han alcanzado el desarrollo de este mundo, los pueblos del Tercer Mundo y los pueblos bajo la hegemonía comunista.

La desarticulación de la globalización anunciada partía de reclamos de gente que de diversas formas ha sido marginada en los sistemas que habían impuesto su hegemonía. Marginación milenaria. Gente marginada por su raza, etnia, sexo, religión, nacionalidad, hábitos y costumbres. Toda esta gente reclama un lugar positivo en la globalización que se anuncia. La resistencia a este reclamo origina violentas reacciones como las expresadas en la que fuera Yugoslavia y otros lugares de los pueblos bajo hegemonía soviética incluida la desarticulada Unión Soviética. Xenofobias y reacciones violentas internas contra imaginarios culpables de esta resistencia se imponen a gente de la Europa socialista y del Tercer Mundo. Violencia que también se hace patente en el terrorismo en Inglaterra, Italia, Francia, España, Alemania y otros lugares de la Europa occidental. Violencia igual en Estados Unidos provocada por gente a la que se considera extraña a los estadounidenses por sus etnias, hábitos y costumbres.

Frente a esta situación y como reacción a la misma surge una filosofía que se plantea problemas de identidad, lo que parecía privativo de pueblos marginados como los latinoamericanos. En diversas regiones de Europa surgen las preguntas ¿qué somos?, ¿quiénes somos?, en relación con los reclamos de gente que exige su reconocimiento. Igualmente problemas de cómo integrar la diversidad que ahora se hace patente en la globalización y la conciencia de que Europa también posee la misma diversidad. Diversidad de pueblos de cuya integración han emergido valores altamente humanistas. El ideal de una Casa Común en Europa no ha sido ni es ajeno a Europa, ya que lo lleva en sus raíces, pero han sido los sucesos iniciados en 1989 los que han hecho patentes estas diversas raíces. Existe ya una unidad europea de esa diversidad que fue rota por diversos sucesos históricos.

Surgen así proyectos como *Europa Mater* en 1991 en Francia, el cual encuentra apoyo en diversas instituciones europeas de Bélgica, Italia, Alemania, Hungría, Grecia, Polonia, Rusia y Lituania. Se trata ya de afirmar lo que de común tiene Europa en su ineludible diversidad de razas y culturas; de afirmar al *Homo europaeus*, reflexionar a partir de una identidad cultural: Europa formada en un pasado común grecorromano, surgido en el Mediterráneo, que integró y dio identidad común a la diversa formación de sus pueblos. El pasado cultural grecorromano es la raíz de una identidad común. El pasado cultural integrado en el Mediterráneo se hace patente a lo largo de toda Europa, llegando hasta el Báltico a pueblos como Lituania, en donde pondrá en marcha la búsqueda de la *Europa Mater*, madre común de la diversidad europea.

A Lituania, dice el proyecto, desde el Mediterráneo llega la gente que dio origen a esa nación. Lituania es la más representativa de los países bálticos a causa de su situación, su lengua e historia. La historia de ese país es ejemplar por la fidelidad a sus orígenes. La tradición mítica hace de los lituanos descendientes de gente llegada a Italia e instalada en los bordes del Mar Báltico. La lengua lituana tiene un gran número de raíces comunes con el griego antiguo, el sánscrito y el latín. Lengua viva cercana a la indoeuropea que la relaciona con el resto de Europa. A través de la historia ha ido asimilando las grandes expresiones de la cultura europea, expresando un espíritu abierto a las diversas manifestaciones del hombre con cuya diversidad encuentra este pasado. Es el lazo de unión del Mar Báltico con el Mar Mediterráneo. Se hace patente el rico tesoro grecorromano. El reconocimiento de estas raíces, estas expresiones, posibilitará no sólo la Casa Común Europea, sino también la Casa Común del Hombre. Pero el pasado grecorromano se está ligando a su vez al pasado de otras lenguas y culturas que se encontrarán en el Mediterráneo y fueron asimiladas de Asia, Europa y África.

¿Qué es el Mediterráneo? Fernand Braudel, gran conocedor de esta región de la tierra, dice que es "mil cosas a la vez. No es un paisaje sino innumerables paisajes. No es un mar, sino una sucesión de mares. No es una civilización sino una serie de civilizaciones hacinadas unas sobre otras". Viajar por el Mediterráneo significa precipitarse sobre el abismo de los siglos. Significa sumergirse en el arcaísmo de mundos insulares y al mismo tiempo sorprenderse con la extraordinaria juventud de ciudades muy antiguas, abiertas a todos los vientos.

Braudel escribe un magnífico estudio del Mediterráneo bajo la hegemonía española de Felipe II, que como Roma impuso otro imperio en este mar, enfrentando a Turquía. Pero en su diversidad el Mediterráneo es de cualquier forma estrecho "carece de la profusión de razas marinas que tienen el Mar del Norte o el Atlántico". "Sus hombres se pegan a las costas y en nada se parecen a los grandes desplazamientos de los marinos del norte". Les faltan las maderas para construir barcos que tienen en profusión los bálticos, y también marinos como los de la Europa del norte, más avezados a atravesar los océanos. Fue por ello que "los hombres del Mediterráneo fueron desalojados por los marinos del norte y del Atlántico de la parte que en el siglo XVI les correspondía en la dominación del mundo". Tal es la tragedia que se inicia en el Canal de la Mancha en Europa, culmina en las Antillas en América y se prolonga en el Océano Pacífico. Lo que surge en América es otro mundo mediterráneo, igualmente abigarrado, diverso, que al finalizar el siglo XX se presentará como el mundo capaz de integrar la diversidad que la misma expansión de la Europa occidental, báltica, dio origen.

Giuseppe Galasso, de Italia, nos habla del Mediterráneo diciendo que: "Ha aparecido siempre como una realidad histórico-geográfica e histórico-cultural muy particular. Ya en tiempos históricos se abrió paso rápidamente la idea de su unidad antrópica... En aquel tiempo, el Mediterráneo se consideraba como el extremo occidental del gran complejo formado por Asia, África y Europa que representaba la ecumene, la tierra habitada, el grande y unitario teatro terrestre de las peripecias humanas". Se abrieron otros horizontes pero en parte alguna se vio un lugar semejante al Mediterráneo en el que confluyesen todos los hombres y culturas de tal ecumene. Fue en esta región que se dio el Renacimiento como motor de la gran historia y cultura modernas.

Fue entre los siglos XVIII y XIX que se empezó a hablar de una civilización mediterránea, con una cultura peculiar respecto de la europea más desarrollada, más allá de los Alpes y de los Pirineos. Una Europa patria de culturas, ciencias, religiones, políticas y sistemas jurídicos. Como algo que había sido pero ya no era. La ciencia moderna, las técnicas y el progreso de la civilización estaban al otro lado. "Se conservaban valores y módulos de humanidad y civilización —dice Galasso— que en otras partes habían sido superados impetuosamente por la modernidad". Lo cual originó una sensación de superioridad de la Europa del norte "respecto de un sur perezoso, supersticioso, atrasado, fatalista, semifeudal". Lo que

permanece es sin embargo la "óptica en la que el Mediterráneo aparece como una realidad profundamente unitaria en lo positivo y lo negativo, en sus valores y en su existencia". Pese a ciertas expectativas "nadie creía que la centralidad del Mediterráneo en la historia europea pudiera repetirse". En lugar de esto, el Mediterráneo ha continuado siendo un "área exprimida". "El desnivel evidente en todos los indicadores estadísticos respecto de los porcentajes económicos, sociales y culturales registrados en los países y en las regiones de Europa más desarrolladas ha terminado por contribuir a que el Mediterráneo sea considerado como una de las mayores áreas del subdesarrollo del mundo contemporáneo".

Pero no hay tal, Galasso presenta una serie de características que muestran que esta idea es errática, que los pueblos forjados en torno al Mediterráneo poseen por su riqueza una diversidad que falta a la otra Europa con todo y su desarrollo y con ello la capacidad para integrar lo diverso de las expresiones del hombre en sus ineludibles dimensiones. "La 'mediterraneidad' no es una entidad, sino una realidad histórica, dinámica, con su continuidad y sus fracturas, con sus características específicas y sus aperturas, con su unidad y su variedad... El Mediterráneo puede estar en la modernidad como siempre ha estado en su realidad de simbiosis y su articulación entre sus costas, de apertura a la historia y hacia el exterior. En el fondo su identidad cultural está definida por los grandes valores de civilización que ha manifestado en los siglos: el humanismo antiguo y moderno, el monoteísmo de sus tres almas religiosas, la ética de la libertad y de la responsabilidad del hombre y del ciudadano". Esto es, posee una dimensión cultural, histórica y múltiple, dialéctica difícil de captar en su múltiple diversidad y su constante fecundidad.

La expansión de la Europa del norte atlántica y báltica sobre la tierra, a partir del siglo XVI, no pudo ser igualada por la Europa del sur, del Mediterráneo. Sin embargo la expansión del mundo occidental, como fue llamado, originó una globalización plagada de marginaciones que ahora se hace violentamente patente ante la nueva globalización. La Europa atlántica, como la América de la que fue hija primogénita, la llamada sajona, careció de la sensibilidad que de cualquier forma se hacía expresa dentro del Mediterráneo; sensibilidad que llevó a esta otra Europa posiblemente sin proponérselo a repetir la ecumene de la que fue fruto ella misma. La expansión mediterránea transoceánica fue también brutal, inhumana, como toda conquista, pero también supo ver, como lo vieron los conquistadores grecorromanos, que su permanencia histórica,

cultural, no su simple seguridad material, dependía del reconocimiento de la diversidad de sus orígenes étnicos y culturales y de la capacidad para asimilarlos.

Éste es el espíritu, la actitud, que supo reconocer como raíces de la propia identidad la América que se ha designado a sí misma como latina, expresión de este reconocimiento. En sus tierras como el Mediterráneo, por diversas razones se encontraban hombres y pueblos de todas las regiones de la tierra. Si el Mar Mediterráneo fue un gran crisol, las tierras de América Latina serán igualmente crisol de la diversidad de lo humano. Crisol de la nueva humanidad y más amplio humanismo, crisol de razas, raza cósmica, como la llamó Vasconcelos, como cultura de culturas, nación de naciones como quería Bolívar, se puede hacer realidad en el sueño de Victor Hugo, el de una nación de naciones que será llamada simplemente Humanidad.